

Antonio López Alonso
La niña de los tirabuzones rubios



Ediciones
Irreverentes

Antonio López Alonso

LA NIÑA DE LOS
TIRABUZONES RUBIOS

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la obra © Antonio López Alonso

Enero de 2013

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-37-9

Depósito legal: M-29675.2012

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Diseño y maquetación: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

A Rosa Regás

PRIMERA PARTE
«LA VOZ A TI DEBIDA»

*Oscura la historia
y clara la pena.*
A. Machado

CAPÍTULO I

La miro desde el amor y la contemplo callada, silenciosa, niña de tirabuzones de un colorido rubio transparente.

De pronto, sus labios se entreabren y una discreta sonrisa parece querer esbozar un sueño de felicidad.

Mira, una vez y otra, ese pequeño escenario del Retiro donde unos muñecos de madera articulan palabras, gestos.

No está para nada ni para nadie, únicamente para los muñecos, que cuentan una historia.

Y mira que llevamos tiempo viniendo todos los domingos a verlos; que sabemos quiénes son, cuáles sus nombres, la cadencia de sus movimientos, el alma de quien los manipula. Sí; venimos para meternos dentro de ellos, entrañarnos, escuchar las historias que cuentan, vivirlas.

Jamás su rostro da muestra de fatiga, ni siquiera del cansancio que se inicia en el adormecimiento. Y yo debo reconocer que tampoco; que, al igual que ella, no veo el momento para cruzar el parque y adentrarme en el teatrillo, antes, mucho antes, de que empiecen a

desfilear los muñecos. Necesitamos ser los primeros en llegar para sentir la soledad primera, la incorporación progresiva de los niños; el teatro sin espectadores carece de sentido. Ya está lleno; el contento se prodiga por doquier; avisan de que van a empezar, y el silencio regresa de nuevo; pero es otro silencio, ese que permite el murmullo de la respiración de los que allí estamos, el aliento de lo esperado y que está a punto de ser una evidencia.

De pronto, abandona su mirada y busca la mía, que la está esperando. Y un intercambio de silencios es suficiente para contarnos el gozo, la felicidad suprema, el amor tan especial que nos une.

Cuando murió su madre, tanto ella como yo creímos que se había terminado el mundo, que no merecía la pena continuar caminando. ¿Para qué, si la casa se quedó sin ternura, sin risas, sin caricias? Pero nos dimos cuenta de que su memoria permanecía en los dos, que merecía la pena seguir, que nadie se había quedado solo; que tanto ella como yo estábamos en ese espacio definitivo que es la mismidad. Y remontamos el vuelo; hicimos de cada día una expresión de júbilo y de sueños, con la certeza absoluta de que ella nos estaba mirando desde alguna parte; desde algún sitio muy alto, porque si no nunca pudo volar no fue por la falta del deseo de hacerlo, sino por la imposibilidad del ser humano para conseguirlo. Era, fue siempre, un personaje que deseaba andar por las alturas: el vuelo de un pájaro en el que estaba poseída —o soñar que lo estaba—; por eso, siempre quiso ser globo o cometa, porque la simple sensación de tenerlos en las manos, de sostener la cuerda para que el ascenso fuera a su medida, generaba en su alma la percepción de que terminaría siendo arrastrada, ascendida por ellos.

Yo creo, y Beatriz también lo creyó siempre, que después de horas y horas tensando el hilo llegaría el momento en el que el ascenso sería inevitable; pero eso nunca ocurrió. Cuando vencida, desbordada por el paso inapelable y frustrante del tiempo, decidía no continuar, mirándonos a los dos con sus ojos de húmeda certeza, de pureza intransigente, nos decía: «no me quieren llevar al cielo por hoy; quizá otro día»; y, mientras recogía sus sueños, una sonrisa de esperanza acudía de ella a mí, a Beatriz; a Beatriz y a mí.

Tenía en el desván de casa cientos de globos vacíos metidos en cajas, y cientos de cometas que yo mismo hice para ella, que hicimos los tres. Por todo ello, ni Beatriz ni yo albergamos ninguna duda de que, cuando murió, en realidad fue sólo una apariencia, una escenificación, una pequeña broma que deseó gastarnos, y que —y de eso estamos los dos seguros— debe de andar por ahí arriba; que fue tanto su deseo de posesión, de entranarse en las estrellas, que en alguna de ellas debería de estar escondida.

Por eso, en las noches puras y limpias en las que la mirada alcanzaba el cielo, yo veía a Beatriz que, asomada al balcón, no hacía otra cosa que buscarla, con la esperanza de que terminaría encontrándola.

Con ella se nos fueron, a los dos, otras muchas cosas, pero no la capacidad para soñar, para enhebrar cuentos, historias de pájaros, de lunas desmayadas y de galaxias adormecidas, porque, necesariamente, en ellos estaba la verdad de nuestras vidas.

Bien cierto es que yo tenía mi trabajo, mi floristería, y que Beatriz acudía con contento a sus clases del colegio, pero los sueños fueron siempre compartidos. Imposible no aceptar que algunos eran exclusivos de cada uno; que, a pesar de tener un mundo habitado por los dos, necesariamente existían, en cada uno, otros que nada tenían que ver entre sí, porque sin sueños propios nadie puede vivir.

Pero el gozo que nos proporcionaba el amor era tan auténtico, que nuestras vidas caminaban cogidas de la mano por los caminos que deseábamos, por los sitios más inconcebibles, por recovecos imposibles...

Mas existía un lugar tan cercano que con tan sólo cruzar dos calles nos instalábamos en él: el Retiro —en el que nos encontrábamos en estos momentos viendo el teatrillo de títeres—, en el que acuden a mi pensamiento todas las reflexiones que estoy haciendo y a mi memoria los recuerdos.

El Parque de Madrid es la geografía más auténtica que atesora, de alguna manera, nuestra soledad para sentirnos alejados de la ausencia de Flora lo menos posible.

Y en el Retiro ocurrieron muchas cosas que jamás he podido olvidar. Nunca. Ni tampoco Beatriz. Porque el olvido, al anular los recuerdos, actúa como si nunca hubieran sido realidad; si acaso, sueños que se pierden, en ciertas ocasiones, porque nuestra memoria infantil es así: trastoca ciertos hechos y los confunde. Y los sueños aparecen deslavazados, sin correspondencia con la realidad, no dejando entrever determinadas zonas misteriosas del pasado. Pero la presencia de su madre, de mi esposa, no fue nunca olvido ni recuerdo, sino un presente en el que muchos nubarrones fueron extinguiéndose y desapareciendo de aquella maldita tormenta. Muchas manchas purificándose; también, algunos perversos pensamientos.

Parecía que el tiempo, la niña y yo hubiéramos hecho un pacto para que un dolor tan agudo se fuera aclimatando a cada instante de un presente. Aunque alguna misteriosa lágrima regaba, de vez en cuando, nuestras mejillas —ahora, muy de tarde en tarde—, terminarían desapareciendo muy lentamente. Pero no sólo el Retiro nos sal-

vó a Beatriz y a mí; también, un invernadero de flores y un pueblo, el pueblo en el que nacimos Flora y yo.

A las afueras de Madrid, yo tenía mi propia casa, solitaria entre arbustos, abedules, robles y castaños. Y en ella, un invernadero —casa de paredes transparentes de polietileno—, donde preparaba y mullía, yo, la tierra, cultivando y cuidando gladiolos, iris y gardenias, preferentemente. Cada poco tiempo los traía a Madrid, a la tienda.

Nunca he logrado averiguar con certeza por qué decidí estudiar en la Universidad Central Ingeniería Técnica Agrícola. Muchas veces he meditado sobre ello. Probablemente, influiría la propia vida del pueblo, con sus cultivos, la tierra... Muchos vecinos vivían fundamentalmente de ello; pero yo los veía afanarse con denuedo desde el alba hasta que el cansancio y la noche los rendían. Era una labor, la del agricultor, dura y poco agradecida en cuanto a la recompensa económica. Pero había algo en mí que me impelía a ver su lado positivo: el contacto vivo con la naturaleza. Ese tipo de ajetreo poseía para mí un cierto encanto.

No obstante, pienso, no sin reservas, que el acicate para hacer de la vida un canto a esta labor me vino de don Moisés, el médico del pueblo, que tenía un pequeño invernadero junto a su casa.

Me decía: «Antonio, ven, esta tarde te enseñaré cómo conseguir un microclima adecuado para que las flores esponjen, se dilaten, adquieran, poco a poco, esa belleza que les proporcionan el sol, la humedad, una temperatura adecuada y un buen riego; que, por fortuna, aquí, en Recobo, el agua nunca falta.»

Cuando intuí que la práctica me daría sabiduría suficiente para aprender, madurar y hacer las cosas por mí mismo, empecé a transitar por el camino adecuado.

Tampoco nadie me dijo —ni yo lo pregunté— si con este oficio se podía vivir. Sólo sé que nos hacía feliz a Flora y a mí. Mi oficio y yo crecimos, extrañamente, casi sin darnos cuenta.

Este rincón del mundo influyó poderosamente en nuestra entrega para superar los sufrimientos del destino, y acudíamos con frecuencia, Beatriz y yo, a él, sintiendo el correr de la sangre y la presencia de Flora más cercana, pues en Recobo nació y en él decidió marcharse para siempre. Por este motivo, se engendró en mí una tristeza blanda que cuajó en melancolía; melancolía que se ha ido intensificando con el tiempo.

Terminó la sesión de los titiriteros en el teatrillo del Retiro, y con ella se desvanecieron, sin apenas darme cuenta, los pensamientos y recuerdos que a mí habían acudido. Beatriz y yo, cogidos de la mano, paseamos el parque, pero una húmeda niebla y una calma espesa fueron apoderándose de él haciendo en él; abriéndose paso en mi alma, en la plenitud inacabada del tiempo, un tinte de amargura y desamparo que desapareció en cuanto llegamos a casa. Estos estados alternantes del ánimo, de exultantes a decaídos, han constituido, desde siempre, uno de los rasgos más característicos de mi forma de ser y estar en el mundo, condicionando, en parte, muchos de los acontecimientos de mi existencia.

CAPÍTULO II

Me reclamo, me interiorizo; y casi sin darme cuenta, me encuentro frente a la ventana apenas llegados del parque. Alzo los ojos —me lo sugiere la transparencia del cristal, la luz del día—, y distingo en el horizonte un cielo embarazado de manchas grisáceas que querer amenazan tormenta. Giro la cabeza y la distingo durmiendo en el sillón; la percibo inconsciente, fuera de este mundo. Me enternecen sus tirabuzones, el rizo alargado de sus pestañas, las prominentes mejillas, idénticas a las de su madre. ¡Qué sensación de plenitud mirarte, chiquilla! ¡Qué azar puso en tu rostro esa nariz afilada, esos labios carnosos, ese mentón brevilíneo que recuerda a las muñecas de porcelana que tienes en tu habitación!

Un ruido suave, lánguido, acude a mis oídos desde la ventana; me exige mover de nuevo la cabeza hacia un vacío en el que unas pocas gotas de lluvia acuden y golpean los cristales. Qué sensación de ahogo amedrenta mi pecho, achica mi alma, distorsiona levemente el movimiento de mi corazón, que me exige abandonar su encierro, escapar de mí; volar hacia lo alto, sentirse libre. A mi corazón le han hecho daño algunas veces, y siente esa necesidad de alas, de fuga, de esconderse por cualquier sitio. Y cuando esto hace, regresa entristecido porque el tiempo lo ha teñido de amargura. Siempre que me abandona, tarda muy poco en regresar —apenas le gusta el mundo, la gente, lo que ve—, y regresa precipitadamente.

Mañana tengo que ir a mi invernadero para ver cómo están las cosas por allí. Confío en que la resistencia del polietileno que lo

cubre por todas partes a modo de cabaña haya podido resistir el envite de la tormenta, que no respetó la quietud del campo. Ubicado entre Villalba y Navacerrada, el cobijo, cercado por cerrillos, en los que se asienta por su parte trasera para evitar que la fuerza del viento lo desgarré, lo arranque, se habrá mantenido incólume, como tantas otras veces. Su orientación es tan exacta, tan estratégicamente ejecutada, que en los días de sol los rayos lo penetran por el techo y por toda la parte delantera.

Acariciaré las flores con la suavidad con que siempre lo hago. Ajustaré el microclima: la calefacción, la ventilación lateral y central, el contenido en CO₂ que debe existir, la iluminación solar que acabo de instalar. Y cuando hayan recuperado ese fragmento de vida que, sin darse cuenta, habrán perdido, aunque tan sólo por un breve espacio de tiempo, las traeré a la tienda.

Hay mujeres maduras, esbeltas, que todavía no han perdido la belleza que las caracterizó en su juventud, a las que les gusta tomarlas en sus manos con una delicadeza sutil para que ningún pétalo se desprenda; así para olerlas y aposentarlas en los rincones de sus casas por no sé qué motivo de ausencias: «los vacíos ocultos del salón se hacen presentes con ellas», dicen, comentan en la tienda. Y yo escucho su lenguaje con una sonrisa de aprobación que aceptan con agrado. Bien cierto es que no desean que los sitios ostensibles de la casa, escogidos, se queden sin su presencia.

Regreso a Beatriz, le beso la frente, le acaricio las mejillas: «Niña, vas a llegar tarde al colegio.» «Ya voy, papá, este sueño...» Y se levanta, se acicala, se pone guapa con el peine que alisa su pelo, lo abuclea; se pone guapa con el agua que le humedece las pestañas, los labios; se pone guapa porque lo es.

Mañana acudiré al Retiro para ver el programa del teatrillo de

títeres del domingo por la mañana. Ya estoy empezando a pensar en él, como intuyo que la chiquilla lo haya hecho también.

Me miro en el espejo del salón y apenas si me doy cuenta de que ella también está en él: la oblicua cercanía de su presencia, sentada, adormecida en el sillón, me lo permite. Le cuesta quitarse de su cuerpo el sueño, aunque esté vestida ya. Me miro, y no sé a ciencia cierta si mis pensamientos son auténticamente míos o tan sólo recuerdos un tiempo ajeno y alejado del instante en el que me encuentro.

Veo su perfil, y el de los tirabuzones que ocultan su delicadísimo rostro infantil. Su cuerpecito de niña me trae a la memoria el de su madre, casi idéntico al de ella.

Abandono la imagen del espejo y me acerco con esmero a ella para evitar despertarla desde la brusquedad.

—Beatriz, hija, tenemos que ir al colegio. Vamos, criatura; anda.

Pestañea, abre los ojos, me busca, y me encuentra frente a ella, de pie, con mi sonrisa tropezando con la suya, alborozándonos de felicidad, de ensueño y abandono.

—Voy ya, papá.

Se levanta bruscamente, se cobija entre mis brazos, me besuquea por donde le viene en gana, se aleja...; intuyo que insiste en el peinado, en el coqueteo, mirándose de mil formas en el espejo, pensando en yo no sé qué; probablemente, en los sueños en los que siempre anda sumida. Bajamos en el ascensor, con mi mano en la suya para no descolocar el libro y el cuaderno que descansan en la otra. Me mira, desea preguntarme algo, lo sé.

—Papá, el domingo, Francisco Porrás monta en su teatro de títeres *El maleficio de la mariposa*, de ese poeta que tanto te gusta a ti y que se llama Federico...

—García Lorca, hija. Sí, ya he leído el programa. Me estás insinuando que vayamos, ¿no es así? —Y asiente con sus ojos, con su sonrisa de miel y canela. —Me voy a la tienda —continúo—; tengo que disponer las macetas, las flores y las plantas en el lugar adecuado.

—Por el tiempo, ¿verdad?

—Sí, por el tiempo; pero sobre todo por la humedad, por la luz que las alimenta.

—¿Estará ya Guillermo, papá?

—Seguro que sí, él siempre llega el primero; parece como si la tienda fuera su casa, no quiere salir de ella nunca.

—Es muy trabajador, ¿verdad?

—Es un muchacho que lleva la alegría por todas partes, y la va soltando entre las flores y las plantas, entre las mujeres que acuden a comprar. Parece como si su corazón y él anduvieran separados y sólo se juntaran cuando desea hablar.

—¿Por qué vocalizan con las palabras tan quebradas, los tartamudos? Parece que no las van a soltar nunca. ¿Tú crees que alguna vez conseguirá Guillermo hablar como los demás?

—No lo sé; quizá. Yo intento permanecer ajeno a sus voces, a sus palabras, para que no se sienta mal cuando le escucho.

Subidos en el coche, le doy un beso, que todavía siento en los labios cuando, desde la puerta del colegio, me dice adiós con la mano. Parece como si todo fuera a la vez, como si no existiera tiempo en cada despedida, tan sólo un fugaz desencuentro.

La veo subir las escaleras. ¡Qué menuda es!, ¡qué pequeña! Pero, Antonio, si tan sólo tiene once años; pero qué tonto eres; ya crecerá.

CAPÍTULO III

Crecerá, crecerá como lo hacen los retoños del invernadero, maduros ya en la tienda. Ha sido duro el día; mejor así. No me importa el dinero —esa es la verdad—, pero a Beatriz hay que labrarle el porvenir.

Mientras cierro la puerta de la floristería pienso en lo que estará haciendo la niña en casa. Fortunata va a recogerla al colegio todas las tardes; por las mañanas, también.

Fortunata es una chica nacida también en Recobo. Anda por los treinta años; quizá, algunos más. Es del tiempo de Flora. Como sus padres apenas si podían vivir con el cultivo de la tierra, un buen día le dijeron: «Fortunata, esto que ves es lo que hay: hambre y miseria. Hemos hablado tu padre y yo, y la petición de Antonio de que vayas a servir a la capital, en su casa, nos parece buena. Vivirás con los dos, atenderás el hogar y a la niña, y ya no pasarás hambre. Tú tienes la palabra.» Asintió Fortunata sin mediar palabra; el silencio era como una forma de hablar con los demás, incluso cuando salía a pasear las tardes de los domingos con la juventud del pueblo. Fortunata era coja. La polio la atacó severamente cuando tenía tan sólo unos meses de edad. Nunca se la reconoció de otra forma. Por eso, en el pueblo, todos la llamaban Fortunata la Coja. Ella se desesperaba, hundida de pena cuando alguien se lo llamaba a la cara. Al momento, lloraba, y, enseguida, salía corriendo como corren las cojas.

A la semana siguiente de la propuesta de sus padres, Fortunata disponía de una habitación en la casa de los Coca: en mi casa. Lo primero que me dijo cuando me vio al llegar a Madrid.

—Mire, señor, no sé si tengo corazón o anda por ahí, Dios sabe dónde —apuntó con su cara afilada, las mejillas aplanadas y los ojos más tristes que el propio dolor.

—¿Por qué me dices eso, Fortunata?

—Porque soy muy desgraciada, y en mi pueblo de Recobo dicen que los que así somos es porque hemos nacido sin corazón.

—Pudiera ser, pero yo, que te conozco desde niña y te he visto crecer, he conocido la sonrisa en tu boca con frecuencia.

—Mire, señor, tendría que ser muy pequeña entonces; yo nunca me recuerdo alegre cuando me miro en el espejo.

—Pero tienes corazón, Fortunata, y un corazón tan sensible que siente el misterio que despiertan en tu alma las gotas de lluvia que empapan la tierra, así como las del rocío, que acaricias con las manos en el amanecer, o los témpanos de hielo en las fuertes heladas del invierno.

—¿Y usted cómo sabe que yo siento todas esas cosas, señor?

—Por tu madre, hija, por tu madre, que siempre me decía que te quedabas embobada cuando asistías a estos pequeños acontecimientos.

—¿Y eso que usted me cuenta quiere decir que sí tengo corazón, señor?

—Desde luego, Fortunata. Tu tristeza y tu desánimo desaparecerán cuando lleves un tiempo en esta casa.

—No será tan fácil para mí, señor; nunca me había separado hasta ahora ni de mis padres ni de mi pueblo.

—Reirás; créemelo, Fortunata. Beatriz y yo te haremos abrir los labios como los títeres del Retiro cuando se ríen.

—¿Beatriz es su hija, señor?

—En efecto. Beatriz es una niña con tirabuzones rubios como los destellos del sol cuando se encela con las hojas verdes de los árboles. Reirás.

—Sí, sí, señor.

—Mira, ven, hija. —La llevé al salón, donde la luz no había hecho acto de presencia todavía, donde el sol no había podido atra-

vesar las ventanas por la opacidad de los cristales, por un rumor negro que asediaba la calle. —¿Ves ese retrato? —le dije, señalando uno de los que estaban colgados en una de las paredes.

—Sí; sí, señor.

—Esa mujer se murió de pena porque un día decidió —quizá no lo decidiese ella, nunca lo sabré— permanecer en el silencio y no mover sus labios para nada. Decidió permanecer escondida en la tristeza para siempre. Y la pena se la llevó al otro lado de la vida.

—¿Cómo yo?

—No, yo creo que no. Algo tuvo que pasar para que sus ojos se entristecieran. Pero yo no lo he podido averiguar. ¿Ves cómo dos lágrimas brotan de sus ojos?

—Si usted lo dice, señor...

—Las lágrimas sólo se las veo yo; se las «pinté» yo, y con ellas se marchó de este mundo.

Por eso, Fortunata no se atrevió a decir que ella no las veía. Como Beatriz, que me dice casi lo mismo pero con otras palabras: «son cosas tuyas, papá; yo sólo le veo como una mancha en el corazón» —mancha que mis ojos nunca han conseguido vislumbrar, y sigo ciego para ella.

Enseñé a Fortunata el camino que tenía que seguir todos los días para llevar y recoger a mi niña, las calles que tenía que recorrer y los cuidados que debía tener para con ella.

Y con el tiempo Fortunata le robó —tan sólo un pedacito, como una miga de pan— el corazón a Beatriz.

Un domingo, el siguiente domingo al que Beatriz y yo fuimos a ver al Retiro *El maleficio de la mariposa*, Fortunata se quedó tan triste como la luna emparedada por la niebla, como al perro al que le quitan el trozo de pan de su boca cuando apenas se lo acaban de dar.

En el último segundo de aquel domingo, Beatriz lloró por la tristeza de la mariposa a quien el destino le había roto un ala y no podía volar; lloró dos lágrimas como las del retrato de su madre, que se hundieron para siempre en lo más íntimo de la almohada que acariciaba sus mejillas.

Cuando se despertó al día siguiente, Beatriz lo hizo con la tristeza toda atenazándole el alma. Era un lunes de fiesta en Madrid, y las calles vacías no decían palabras; murmuraban tan sólo con el pisar de unos cuantos jovencuelos que venían saciados de fiesta y de alcohol, ahitos de porros que edulcoraban el triste destino de sus vidas. Beatriz se acercó a mi habitación, llamó a la puerta y entró. Yo le abrí los brazos para que, entre ellos, la arrullaran: amor de padre preso de una intensa nostalgia por la ausencia de los besos de la amada.

—¿Qué te pasa, Beatriz?

—No sé, papá; siento como si algo, desde dentro, ascendiera hasta mi garganta, y entonces rompo a llorar. Esa mariposa blanca, herida, rota; los gusanos, las curianas, el verde del campo, me han llenado de pena y no sé adónde ir.

—Ven, niña mía, quédate aquí conmigo.

—La mariposa blanca y fría, rodeada de gusanos, parecía que quería morir.

—Lo que ocurría es que todavía no sabía lo que era el amor. ¿Te acuerdas, Beatriz, de que el señor Porrás nos dijo que hoy la representaban otra vez?

—Sí, es verdad.

—¿Nos vamos al verde campo con las curianas? Se te curará la tristeza cuando te des cuenta de que la mariposa no se muere.

Y nos fuimos y admiramos el teatro de títeres, y la historia de la mariposa también. Y por la tarde, bien vestidos —Beatriz parecía la

más hermosa criatura: la nunca tan bella vista—, nos fuimos a la chocolatería cercana a nuestra casa.

Entonces, pasó algo que nunca debió haber pasado y que empezó a robarnos la poesía de la fuente en la que siempre nos hallábamos y de la que siempre bebíamos.

Beatriz, sentada en su silla, empezó a sentirse mareada. No es que me lo dijera ella, es que se lo noté yo en la palidez suave de la piel de su cara, en el balanceo que se adueñó de su cuerpo, en el movimiento brusco que tuve que realizar para que no cayera al suelo desmayada.

Beatriz siempre había tenido buena salud. Era una niña alegre que jugaba, saltaba a la cuerda, se mecía en las barcas, bailaba. Pero ese desplome brusco atenazó mi ánimo, me descompuso.

Beatriz estuvo sin conciencia unos minutos. Cuando, ya recuperada, cogimos un taxi que nos llevó a casa, sentí como si algo me lacerara muy dentro de mí. Esa noche, en el duermevela de la oscuridad de mi habitación, no hice otra cosa sino repetirme interiormente que quizá no fuera nada, que tan sólo el calor de la chocolatería la había abrumado.

Cuando me levanté para hacerle el desayuno y preguntarle cómo había pasado la noche, pasé por delante del espejo del salón; entonces vi, en la oblicuidad de mi imagen reflejada, el cuadro de su madre, que parecía mirarme como jamás lo había hecho, y un escalofrío a modo de presentimiento se adueñó de mí.

Encontré a Beatriz dormida en su cama, con su característico rubor en las mejillas, con la placidez de esos sueños que se apresuran a instalarse o que se están acomodando en esos momentos. Y como si mi silencio, el silencio absoluto de mis pisadas, actuara como un murmullo similar al del agua que discurre por el cauce de un